

## ***Nueva política***

Lo más curioso es que fue nuestra propia estupidez la que acabó salvándonos. Nuestra conducta superficial, el culto a las apariencias, la búsqueda de la inmediatez, la incapacidad de analizar la información en profundidad, los prejuicios. Habíamos pasado ya tres o cuatro pandemias y todo seguía igual; el ciudadano medio no tenía más aspiraciones que pegarse a la televisión y tragarse todo lo que le contara. El entretenimiento se había adueñado de la política, y nos poníamos los programas de debate como el que se pone a ver discutir a los tertulianos del corazón. Nos gustaba ver quién gritaba más, quién dejaba en mal lugar al otro, qué rivalidades había y cómo se resolvían. Acababa un programa de política y ni una sola persona sabía más del contenido económico o social de un partido ni de otro. Sólo escuchaban gritos, improperios y amenazas. Y eso mismo era lo que buscaban y lo que les entretenía.

El problema es que hasta la basura crea adicción. Y cuando uno es adicto a algo, necesita dosis cada vez mayores para que le produzca efecto. Pasaron los años y las audiencias de los programas de política fueron bajando, pues ya no motivaban a nadie, el público estaba curado de espanto, nada les impresionaba. Fue entonces cuando al productor de televisión Edmundo Inmundo se le ocurrió crear el contenido definitivo que mezclase al cien por cien la política con la degradación y el espectáculo absurdo. “Nueva política” mostraba una especie de debate con una cierta particularidad; si uno de los contertulios hablaba del otro (en lugar de hablar de la política social o económica de su partido) se abría una trampilla y el político caía al fondo. Lo divertido para el público era ver a dónde caía cada una de estas personas. Bajo la trampilla se escondían arañas, gusanos, ratones, cualquier cosa que se hubiera contrastado que para el que caía era repugnante o le tenía fobia. Nueva Política tuvo mucho éxito porque los participantes tardaban menos de un minuto en caer a las trampillas; ninguno era capaz de hablar de su programa, a la mínima le decían al otro, “y tú más”, “cuando tú gobernaste”, etc. Y era entonces cuando caían. Y ya no sólo era hacerles caer; se les hacía faenas cada vez más gordas. Se desvelaban asuntos de su pasado amoroso, o mandaban a actores y actrices a seducir a sus parejas para que les fueran infieles, o a sicarios para que les

rompieran el coche o les robaran la casa. Y todo si no lograban hablar de su programa político y se dedicaban a descalificar al otro. Tardaron meses en encontrar a alguno que se supiese su propio programa, que no faltase a los otros sino que supiese de qué hablar. Miles de políticos dimitieron; sencillamente no tenían ni idea de lo que defendían o no sus partidos. Se vieron obligados a crear programas de verdad. Se puso de moda votar a los que más tardaban en caer en las trampillas o en los castigos. Para el público era muy emocionante la tensión que se generaba entre los políticos sin poder insultarse ni gritarse. Una y otra vez acababan cayendo. Era divertidísimo.

Y, de repente, los ciudadanos se dieron cuenta de que estaban escuchando lo que decían sus políticos. Cada vez pasaba más tiempo hasta que caían en las humillaciones y trampillas, así que daban discursos cada vez más largos. Hasta que los espectadores no pudieron evitarlo; les escucharon. Y esto hizo que la derecha y la izquierda se vieron obligadas a defender cada uno sus políticas, y sus ciudadanos a entenderlas. Comenzó una época maravillosa.

Y, en fin, por eso digo que fue nuestra propia estupidez la que acabó salvándonos.